

Cuaderno nº 40

J. M^a ALFARO COOPER

POESIAS



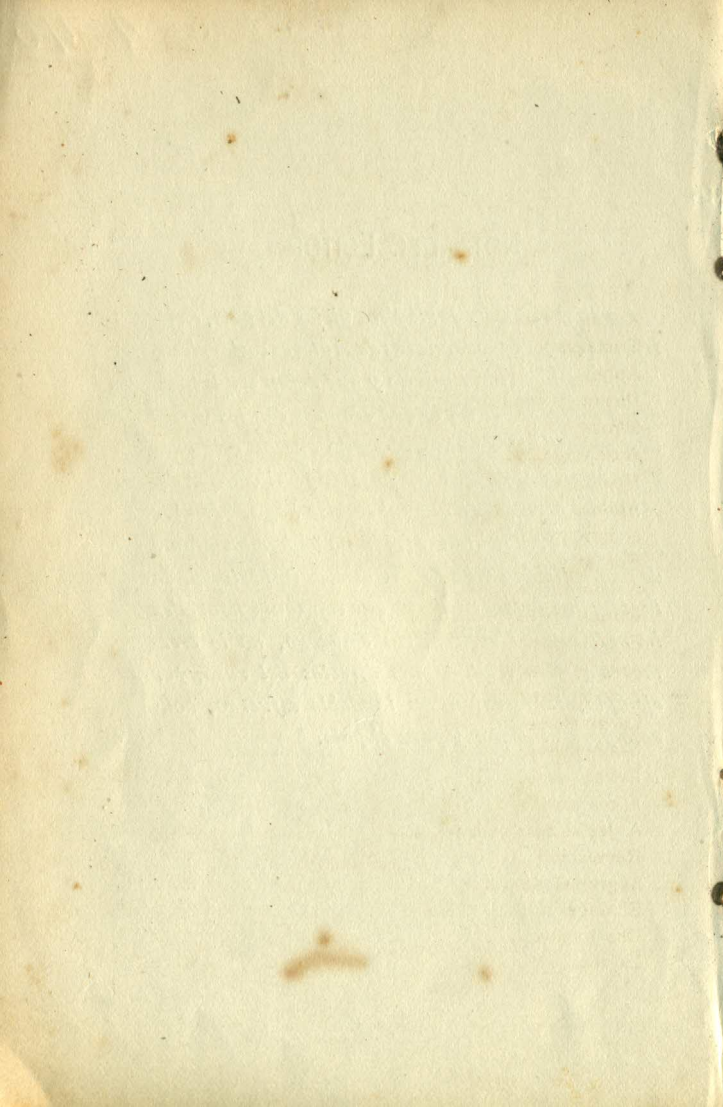
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A

EDITADO POR J. GARCÍA MONJE

Impreso en Agosto de 1913

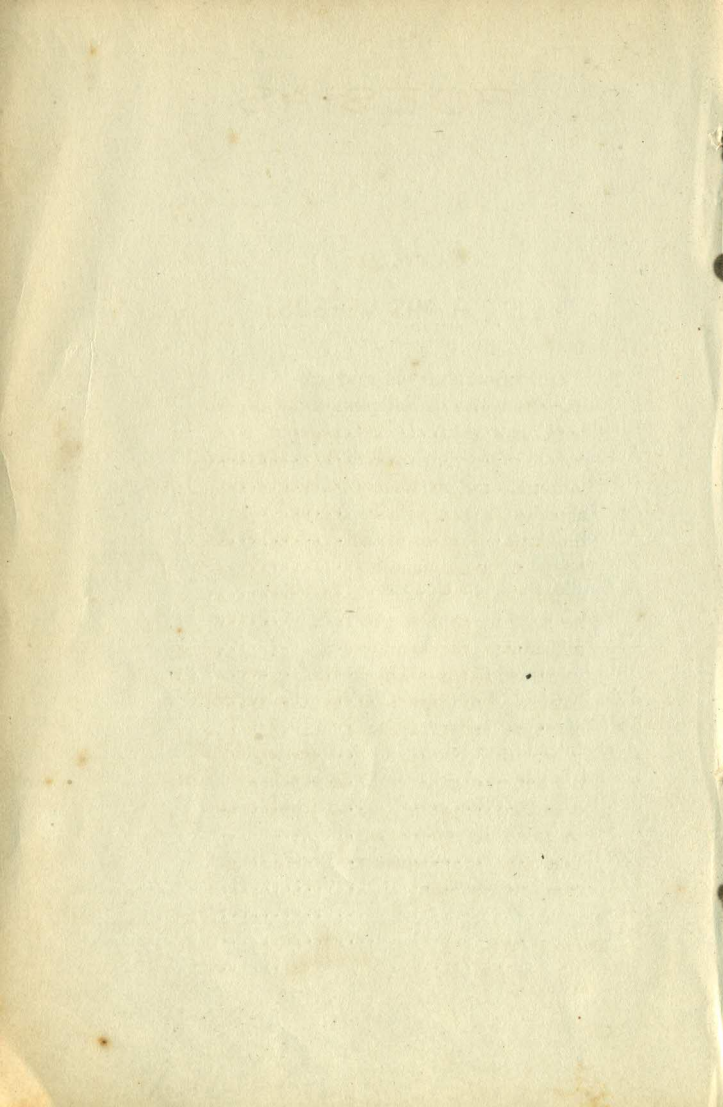
NOTA DEL EDITOR

En las revistas y periódicos viejos del país, existen numerosas producciones de Autores costarricenses que tienen cierto mérito y que deben ser recogidas y recordadas. Es lo que acontece con los versos de don JOSÉ M^a ALFARO COOPER que en este cuaderno se reimprimen. No ha sido fácil obtener del Autor el permiso de que tal cosa se haga. Hombre ya maduro, don José María no padece los afanes de la publicidad y hasta da escasa importancia a la sencilla labor literaria que con tanta honradez ha realizado. Nosotros, sin embargo, no lo creemos así. Sus traducciones directas del ruso, por ejemplo, representan un laudable esfuerzo, honroso para el Autor y para el país.



CONTENIDO

A mis versos	7
Tristezas	8
Anhelo	9
Ilusión y realidad	10
Rimas	12
Ausencia	16
Nostalgia	17
Amores	19
A Evangelina	21
Por el arte	23
A Emilio Pacheco Cooper	26
Rimas breves	27
Expansiones	29
Ante la estatua	31
2 de noviembre	34
La abuela	36
Nochebuena	38
De mi hogar	41
A mi esposa	43
A Jesús Sacramentado	45
Revelación	47
Lágrimas de madre	57
El ángel	58
Dos juicios	60
La rosa	62



POESÍAS



A MIS VERSOS

Oh! pobres versos míos,
nacidos todos de mi pena amarga,
botados a la luz de la existencia
con el calor de mis ardientes lágrimas,
lamentos ay! de un corazón cobarde,
acordes de una música lejana,
que vais adonde van mis pasos torpes...
hacia la noche aciaga;
quimeras o verdades de la vida,
he vertido en vosotros toda el alma:
mis dudas, mis congojas
y este sediento afán que no se sacia....
Algunos hay que os miran con ternura,
otros os tienen lástima,
y ¿envidia? Nadie, ni se tiene envidia
del ser que gime entre la sombra y pasa,
mendigo del amor que va implorando
un poco de esperanza....
Los más, sobre vosotros nunca dejan
caer una mirada!

Marzo de 1889.

TRISTEZA

Huérfano fui desde mi edad temprana,
mi infancia en el olvido se pasó,
mi juventud en el pesado hastío,
profundo, abrumador;
huraño siempre a la ternura ajena,
pues nunca sentí yo,
ni en la frente los besos de mi madre,
ni en los labios el beso del amor....

Ya me siento cansado de la vida
y miro con placer
la calma soporosa de las tumbas
y ese triste vaivén
con que mueve la brisa sollozante
las enlutadas ramas del ciprés....
Qué dulce debe ser estar ya muerto!
Qué dulce debe ser!

Febrero de 1889.

ANHELO

Oh, yo quiero saber! El vuelo airoso
rápido tenderé por las alturas,
y, a pesar de tu brillo esplendoroso,
he de salvar, oh Sol, tus lindes puras;

al lado del que busca el alma mía,
con tus reflejos de oro y de topacio,
vienes a ser la noche de su día
o un cadáver errante en el espacio.

Oh! yo quiero saber; pues adelante,
subamos más allá, que el pecho henchido
de una santa ambición busca anhelante
una huella del astro apetecido.

Y busco, y busco más; y nada encuentro,
y reconozco al fin de la jornada,
que si el alma se sale de su centro
y busca más allá, no encuentra nada.

ILUSIÓN Y REALIDAD

Cuando el filósofo ve,
con su mirada de hielo,
la verdad del desconsuelo,
la mentira de la fé;
pregunta al cielo ¿por qué
me diste tu luz divina,
si en lo que el alma imagina
con más delicioso halago,
ve la razón tanto estrago
y en cada flor una espina?

Y el vate que eleva el canto
de encantadoras caricias,
ahogando va sus delicias
en los raudales del llanto;
porque ha delirado tanto
en su sueño de ventura,
que cuando su labio apura
el acíbar del dolor,
más agrio encuentra el licor,
más amarga la amargura.

Llora el sabio la ficción
de la ilusión de su vida,
y el vate llora perdida

la vida de su ilusión,
y yo con igual pasión,
cuando la pena me acosa
con su sombra venenosa,
exclamo en mi desvarío:
Cómo he de mirar, Dios mío,
para hallar la vida hermosa?

RIMAS

I

Cantar! Qué he de cantar! si estoy herido
por un martirio devorante y fiero,
si del dolor el límite postrero
he tocado tal vez. Qué he de cantar!
Y ¡cómo he de cantar! cuando la pena
que muerde con furor el pecho mío
ya no es pena no más, es desvarío
que hace mi corazón agonizar.

Si un instante el espíritu revive,
y el pensamiento erguido se levanta,
la luz de las pupilas se abriga
y un ángel viene a acariciar mi sien,
cobra más ira la congoja horrenda,
redobra su furor, la luz se apaga,
nuevos despojos la tormenta traga
y el ángel huye sin piedad también.

Y he de fingir torturas que no siento
por caprichos no más del entusiasmo?
O cantar y llorar? Vano sarcasmo
digno de la careta de un histrión!

Es imposible ¡oh Dios! En dónde, en dónde
encontraré el acorde poderoso
que convierta en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón?

II

Ay! yo la amé! qué presto el infortunio
en mi angustiado pecho se asentó,
y sentí sobre el alma lacerada
gravitando la noche del dolor!

Tú me has visto sonriendo delirante
soñándola en dulcísima visión,
y recoger mi espíritu a su vista
cual la pupila ante la luz del sol.

Ella ha podido oscurecer mi gloria
y matar en mi pecho la ilusión,
y encapotar el sol de mi esperanza,
pero arrancarme su recuerdo, nó.



III

Yo quise sorprender entre tu pecho
el secreto que vela tu pasión;
y envuelto en el aroma de tus labios
mi espíritu sutil, engañador,
en un suspiro que del alma diste,
hasta el fondo del alma penetró.
Errante en el abismo de tu sombra,
escuché la tenaz palpitación

que de tu seno alabastrino arrancan
las arterias con ímpetu veloz;
palpé con avidez todas las fibras
que pudiera ocultar tu corazón;
pero todas ¡horror! estaban mudas,
hasta la dulce fibra del amor;
y al huir de tu pecho, avergonzado,
con desprecio hacia tí, negando a Dios,
herida al cabo tu fatal soberbia,
con furor sacudió tu corazón.

IV

Que se nutra el espíritu de sombras,
y escuche el corazón voces de muerte,
y tenga ante mi vista la esperanza,
y que me tenga miedo y que se aleje.
Que sienta sobre el pecho lacerado
el aguijón mortal de la serpiente,
discurriendo la sangre por mis venas
con el hervor maligno de la fiebre,
que la Gorgona misma ante mis ojos,
con su terrible faz se apareciese;
todo, todo a la vez; ya no es bastante,
no llegará jamás a conmoverme...
Y me sentí temblar cuando imprimiste
aquel beso de amor sobre mi frente.

V

No hay flores en la pradera,
ni cisnes en la laguna,
ni estrellas que miren pálidas

sobre la bóveda oscura.
Los sauces del cementerio
inclinan sus ramas mustias
y los pájaros nocturnos,
en la sombra se saludan;
el ángel de las tinieblas
habita las anchas grutas,
y duerme la inmensidad
en una calma profunda,
como duerme entre mi pecho
el horror de mis angustias.
Mas si la calma engañosa
en silencio me tortura,
¿qué será cuando se agite
la tempestad de mis dudas?

AUSENCIA

Oh! qué triste es la ausencia de una esposa querida,
de ese ser que es la gracia y es la luz de la vida,
que ilumina, embalsama y embellece el hogar!
En mis noches tan largas no te olvido un instante,
y mi pecho está ansioso, y mi mente anhelante
con tu imagen amada se complace en soñar.

Ya no tengo la dicha de sentirme en tus brazos
y son ellos tan sólo los dulcísimos lazos
que a una vida enojosa me pudieron unir.
El incendio de mi alma no se apaga un momento,
pues estoy como siempre de tus besos sediento
y el amor que me abrasa te quisiera infundir.

Ven, paloma, a tu nido silencioso y vacío
que te diga de nuevo que te adoro, bien mío,
como supo sentirlo mi primera pasión.
En mis versos, mi vida, mis delirios te dejo.
Nunca el alma envejece y en mi pecho de viejo
siempre late un ardiente, juvenil corazón.

(Inédita).

NOSTALGIA

Son mis versos sin arte,
muy sencillos y breves,
pero en ellos el alma
dejo ver trasparente
como el agua que brota
de las rocas agrestes;
por lo humildes semejan
esas flores silvestres
que en la sombra del bosque
se marchitan y mueren,
sin sentir el consuelo
de expirar dulcemente
sobre un seno de virgen,
entre rosas y nieve.

Como un niño llevado
de improviso, entre gentes
que le causan asombro
y a mirar no se atreve;
así voy de la vida
por la oscura pendiente,
ocultando en mi pecho
la nostalgia perenne.

Oh! Yo tengo una patria,
una patria celeste,
donde sólo hay dichosos,
donde el alma no tiene
sino amor sin engaños
para todos los seres;
allí el odio no existe,
ni el orgullo insolente,
ni la humana falsía,
ni la ira que enciende
las pasiones salvajes
que desgarran y muerden...

Nuestra vida es un sueño
de dolor y de fiebre
que sacude y disipa
cariñosa la muerte:
huye entonces el alma
de su cárcel y asciende
con sus fúlgidas alas
a su patria celeste.

Agosto de 1904.

AMORES

El es más rubio
que las espigas
y tiene rosas
en las mejillas;
ella, la pura,
la hermosa niña,
tiene la gracia
que da a sus hijas
el pueblo ardiente
de Andalucía;
hay luz de estrellas
en sus pupilas,
su boca es roja
como una guinda
y la aman todos
cuantos la miran.
Él puede verla
todos los días,
porque la novia
es su vecina;
cuando se juntan
causan envidia
porque se besan
con tal delicia

que se confunden
sus dos boquitas,
o si se abrazan
pronto vacilan
rodando al suelo
muertos de risa;
luego se acercan
junto a una silla
para decirse
mil monerías,
mientras sus madres
con su sonrisa
dicen que gozan
cuando los miran,
pues quince meses
tiene la niña,
y él muestra ufano
las pantorrillas
bajo los pliegues
de su batita.

Dic.—1903.

A EVANGELINA

En el día de su boda

Hoy eres
dichosa:
tu amado
te espera,
en ansias
ardiendo
de hacerte
su reina,
un nido
de flores
tu alcázar
semeja,
y hermosa,
brillante,
fulgura
tu estrella....
Permite
que llegue
y enturbie
tu fiesta,
un pobre,
cansado

y viejo
poeta,
y sólo
te lleve
cual rústica
ofrenda,
de un arpa
ya rota
las tristes
cadencias,
de un ramo
marchito
las flores
enfermas.

POR EL ARTE

Escrito para una fiesta de caridad, a solicitud de una distinguida señora, quien dió el tema, destinado a hacer lucir las dotes artísticas de una señorita y de un niño.

Anochece.—La escena representa una calle. A la derecha una casa elegante. Por la izquierda se adelanta una mujer joven, mal trajeada, llevando un niño de la mano, y éste un violín bajo el brazo.

La recitación muy lenta en el romance.

Se va la luz del día,
ya trémulos y tenues,
del astro que se apaga
los rayos palidecen.
Es la hora suprema,
misteriosa, solemne,
en que el pecho se oprime
con tristezas de muerte....
El horizonte es negro
y las tinieblas crecen:
es que llega la noche,
ave inmensa, se cierne,
y sus alas de sombra
sobre la tierra tiende.
Ven, hijo de mi vida,
su manto nos protege
y oculta de mi rostro
el rubor que lo enciende.

En esa hermosa casa,
donde el lujo se advierte,
viven gentes felices
que quizá se conduelen
del mísero que a ellas
la flacas manos tiende.
Piedad de mí tendrían
si acaso me atreviese
a contarles mi historia
tan triste como breve.

Yo fui feliz, cual nunca imaginara
en mis sueños más gratos de ventura;
mi mente en vano y sin cesar procura
apartar el recuerdo abrasador:
porque es martirio que destroza el pecho
recordar los placeres que pasaron,
si solo llanto y orfandad dejaron,
en vez de dulce y perdurable amor.

Un hombre, joven, de nobleza lleno,
me bañó con la luz de su mirada:
al contemplarme en él, enamorada,
mi ser entero refundí en su ser.
Hado fatal arrebató mi dicha
pues mi esposo murió.... de su cariño
me queda el tierno y delicado niño
a quien amparo yo, débil mujer.

No disfruté mi hogar de la riqueza,
pero nunca faltó nuestro sustento;
mas hoy luchar con la miseria intento
porque me anima el maternal amor.

Este niño es el sol de mi alegría,
mi tormento también; pero lo adoro....
Protegedle, mi Dios; es mi tesoro,
la fuente de mi dicha y mi dolor.

Solo una madre comprender sabría
cómo ese amor inmenso me arrebató,
hace que viva y que sucumba grata
bajo el terrible peso de mi cruz.
Me duele el corazón cuando contemplo
al inocente ser idolatrado,
que en ese triste y miserable estado
se oculta temeroso de la luz.

Dicen que el tiempo y la desgracia, apenas
han marchitado la belleza mía;
por hacerle feliz tal vez podría....
Mas no, primero deberé morir,
antes iré a pedir avergonzada
un pedazo de pan a aquella puerta:
está la calle a la sazón desierta,
es el momento en que debemos ir.

Pero ensayemos antes si conmueve
su corazón el arte que, divino,
es destello de Dios, y tu camino
alumbra con su mágico esplendor;
toma el arco y arranca al instrumento,
tu amigo fiel, su dulce melodía:
lo que mi labio con temor diría
tú lo dirás con tu violín mejor.

Toca el pequeño artista. Cuando termina, se abre un balcón
de la casa y una señora le arroja una moneda que el niño
recoge ávidamente.

A MI QUERIDO PRIMO

EMILIO PACHECO COOPER

Ya roto el frágil vaso,
tu alma blanca de niño
sus leves alas tiende
en busca del Empíreo.

Yo sé que hay otra vida,
yo sé que no morimos,
que la muerte es un paso
del sendero divino.

Tú existes; de mi pecho
lo siento en lo más íntimo...
Por eso al ausentarte,
en vez de adios!, te digo
con vívida esperanza:
Hasta la vista, Emilio.

Agosto de 1905.

RIMAS BREVES

Tienes,
dulce,
tierno
niño,
ojos
bellos,
rubios
rizos.
Cuando
duermes,
ángel
mío,
sueñas
juegos
gratos,
vívidos;
viendo
ninfas
entre
lirios
darte
besos
siempre
ricos;

oyes
sólo
suaves
trinos.
Tienes
lecho
blando,
tibio,
mientras
otros
pobres
niños,
lanzan
lejos
tristes
gritos,
porque
sufren
hambres,
fríos.
Si eres
bueno,
justo,
digno,
quiere
mucho
tales
niños.

EXPANSIONES

*Con motivo de la muerte
de mi querido tío Enrique Cooper*

Sumida en hondo sopor
siente el hombre la conciencia
tras de la ruda violencia
con que le hiere el dolor.

Resistir luego procura
de su infortunio el exceso,
doblegado por el peso
de su inmensa desventura.

Y al contemplar el inerte
cadáver del ser amado,
siente pasar a su lado
el hálito de la muerte.

Es todo sombras y duelo
y ante el misterio que aterra,
no hallando alivio en la tierra,
los ojos buscan el cielo.

Pero vibra el corazón
y en un angustioso grito
interroga al infinito
con delirante emoción:

Por qué, Dios santo, por qué
gozar dejas de la vida
tanta gente fermentada
que encenagada se ve?

Por qué también se la das
al hombre desesperado
que ha de arrancársela osado
porque no la sufre más?

Y la quitas sin piedad,
hoy, a ese padre querido
que calentaba su nido
con su amor y su bondad!

No basta, del bien en pos,
hallar la humana malicia?
No existe, pues, la Justicia
ni en los decretos de Dios?

Mas no, corazón mezquino,
reprime tu voz de duelo
y tendrás como consuelo
un sentimiento divino,

al pensar que allá en la altura
es feliz quien sufrió tanto,
y no empañes con tu llanto
el cielo de su ventura.

Noviembre de 1903.

ANTE LA ESTATUA
DEL LIC. DON JESÚS JIMÉNEZ

(A mi hijo Roberto)

Ante la estatua que grave
y silencioso contemplas
debemos siempre, hijo mío,
descubrirnos la cabeza
como señal de respeto
al hombre que representa.
No ves? sobre el pecho tiene
la diestra, cual si estuviera
de su corazón magnánimo
reprimiendo la violencia
con que agitarse solía
ante la humana miseria;
en la otra mano la Ley
Constitucional sustenta,
y de todo su conjunto
brotaba un aire de nobleza
alumbrado por la luz
de la más pura conciencia.
Al contemplarle olvidamos
la prosa vil de la tierra,
y a regiones ideales

la imaginación nos lleva;
recordamos al patricio
excelso, su vida entera
dada a su patria querida
sin esperar recompensa;
aquel carácter tan dulce,
con suavidades de seda,
aquella frente tan vasta,
aquella mirada intensa
que reflejaba de su alma
las mil fecundas ideas,
y la magia de sus labios
de que brotaban discretas
con la miel de sus palabras
las máximas evangélicas.

Cuando por la voluntad
del pueblo, libre y suprema,
empuñó el frágil timón
de la nave turbulenta
del Estado, ¡con qué anhelo
buscando el bien, con experta
mano evitó los escollos
que opuso la pasión ciega,
resistiendo los ataques
de la envidia y de la negra
ingratitude! y ¡qué presto,
en hora aciaga, tremenda,
tuvo que dejar la nave
a merced de la tormenta!
pero con la frente erguida,
sin sombras en la conciencia,
y legando a su país,

como un tesoro, la ofrenda
de su nombre immaculado
que con orgullo conserva.
Cuando por ley natural
repose yo mi cabeza
en el mullido regazo
de la muerte, cuando seas
padre también, a este sitio
es mi voluntad que vengas
y repitas mis palabras,
oscuras, pero sinceras,
al primero de tus hijos
en edad de comprenderlas,
y que del noble patriota
la luminosa existencia
sirva de norte a su vida
como si fuese una estrella.

Noviembre de 1903.

2 DE NOVIEMBRE

Es la fiesta de los muertos:
la naturaleza toda
parece tener un alma
sensible que se emociona
con los dolores humanos,
con el ¡ay! que se desborda
de pechos en que no cabe
la angustia que los sofoca.
Las notas de las campanas
pausadas, lentas, monótonas,
van como inmensos gemidos
en vibración melancólica
hiriendo los corazones
hasta en las fibras más hondas;
entre los altos cipreses
hay una voz que solloza,
que con su dulce tristeza
invade todas las cosas.
Es ilusión? Quién lo sabe!
Si el Dios de Misericordia
permite que los espíritus
en una celeste forma
visiten los cementerios
y vaguen sobre las fosas

para escuchar las plegarias
y contemplar las coronas
de flores, gratas ofrendas
llevadas en su memoria,
pasarán en este día
escenas ¡ay! silenciosas,
que no ve la vista humana
y serán conmovedoras:
Ya la madre que desea
besar al hijo que adora,
ya el abuelo que sonrío
oyendo sobre las losas
las pisadas infantiles
de su nietecita, absorta
y conmovida, brillando
allí con su luz de aurora,
ya el marido enamorado
buscando entre las personas
que pasan, a la que fue
para él una amante esposa,
ya el tierno infante que sufre
ante su madre que llora
y quiere asirle el cabello
con sus bracitos de sombra.
Y luego, cuando la noche
desciende y se queda sola
aquella ciudad de muertos,
¡qué lúgubre y pavorosa
se escucha la voz doliente
que llama desde las bóvedas!

LA ABUELA

Quién busca
los niños,
sus gracias
celebra,
los ama,
los mima,
tan dulce,
tan tierna?

Quién goza
si ríen?

Si sufren,
¿quién pena,
y excusa
sus faltas,
por graves
que sean?

La madre
dos veces,
la plácida
abuela.

Quién blancos
cabellos
cual galas
ostenta,

y grata
los tiempos
pasados
recuerda?
Quién sólo
virtudes
y amores
revela?
Quién nunca
se enfada
y es siempre
tan buena?
La madre
dos veces,
la plácida
abuela.

NOCHEBUENA

Es ya de noche,
la nochebuena,
los chicos todos
están de fiesta,
porque el Dios Niño
viene y les deja
los aguinaldos
entre las medias
y a veces toda
la funda llena.
Los más pequeños
hallan en ella
bolas, confites,
aros y flechas;
los mayorcitos
de fijo encuentran
grandes tambores,
largas trompetas,
y a las niñitas
—sus predilectas—
a media noche
siempre les lleva
la gran familia
de las muñecas,

unas muy rubias
y otras morenas.
Mas allá, lejos,
en las aldeas,
en las aisladas
pobres viviendas,
hay también muchas
niñas pequeñas,
que son tan lindas,
que son tan buenas...
Hace gran frío
la noche es negra,
todo es silencio,
todo es tristeza,
y en la mañana
cuando despiertan
y ansiosas buscan
con manos trémulas,
las infelices
hallan apenas
sus lechos duros,
sus ropas viejas.
No es justo el Niño?
Son malas ellas?
No gusta acaso
de su inocencia?
Y cómo sufren
las madres tiernas
que de sus hijas
oyen las quejas!
Cómo su sangre
trocar quisieran
por darles una

sola muñeca,
mientras sus lágrimas
corren acerbas
de sus mejillas
flacas y yertas
a los harapos
de su miseria!

DE MI HOGAR

Tengo en mi casa un pimpollo
hecho de nieve y de rosa,
es un diablillo animado
por una fúlgida aurora,
tiene los ojos azules
y la cabellera blanca,
una mirada traviesa,
una risa juguetona,
un olorcillo indecible,
diré mejor, un aroma
desconocido al olfato
de las extrañas personas
pero que percibe el alma
de toda madre amorosa.
Ha visto tres primaveras
y bajo su bata asoman
unas frescas pantorrillas
tan tiernecitas, tan gordas,
que no basta que las bese,
precisa que me las coma.
Sin darse cuenta, el muñeco
hace unas gracias tan monas,
que me parece mentira
que sepa ya tantas cosas:

sabe montar a caballo
sobre cualquiera persona
y dar vueltas de carnero
con suerte tan caprichosa,
que a veces sin dar la vuelta
enseña todas las formas;
habla con tanta cordura
como cualquiera cotorra,
conoce el arte difícil
de hacer de todo una bola
y arrojarla por el suelo
rompiendo así lo que toca;
con su presencia disipa
hasta las penas más hondas;
de todo su cuerpecito
emana una risa loca
y cuantos le ven de cerca
al punto se sugestionan:
en fin, en casa tenemos
un pedacito de gloria.
Si alguno dice al oirme
que yo exagero las cosas,
que ni es tan hermoso el chico,
ni merece esas lisonjas,
he de responderle: Amigo,
será usted buena persona,
pero, de fijo, no es padre,
pues todos, a la redonda,
hablando de nuestros hijos
contamos igual historia.

Octubre de 1903.

A MI ESPOSA

Entre penas y alegrías,
de nuestro enlace sagrado
catorce años han pasado,
es decir, catorce días.

Me quedo a veces absorto,
pero después me hago cargo
de por qué tiempo tan largo
se nos ha vuelto tan corto.

Es claro: somos dichosos,
y con tranquila conciencia
pasamos nuestra existencia
como dos buenos esposos.

Esto cualquiera lo explica:
queriéndote cual te quiero,
aunque no sobre el dinero,
¡se hace la vida tan rica!

Eres en verdad muy buena;
pero debo reprocharte
lo que voy a confesarte
por más que te cause pena.

Dirás que soy importuno;
pero tienes, en efecto,
un sólo y grave defecto,
cual es... ¡no tener ninguno!

Yo miento cuando te digo:
«Te quiero cual te quería
en aquel dichoso día
en que me casé contigo.»

Talvez a enfadarte vas;
mas no te cause quebranto;
si ya no te quiero tanto,
es porque te quiero más.

A JESÚS SACRAMENTADO

En desagravio

Quién al ver a su padre, brutalmente ultrajado,
el furor en su pecho reprimir consiguió?
Y si logra piadoso contener su venganza,
niega al padre ofendido su ternura y su amor?

Y ante el crimen horrendo, perpetrado en la sombra
contra la Hostia Divina, contra el manso Jesús,
guardar puedo un silencio que afrentoso sería
a quien es el Camino, la Verdad y la Luz?

En los cielos inmensos, tachonados de estrellas,
no han podido los sabios el espacio medir,
ni tampoco podemos calcular los millones
de las almas, Dios-Hostia, que creyeron en Tí!

Cuántos justos sintieron, recibiendo contritos
ese dulce, inefable, sacramento de amor,
revivir en sus pechos celestial esperanza
o de paz inundarse su feliz corazón!

Ese Dios que yo adoro es el Dios de mis padres,
es el Dios de Justicia y es el Dios de Bondad,
el que se hizo pequeño por salvar a los hombres
y que espera que lleguen hasta el pie de su altar.

Mas, oh Dios! ¡qué espantosa la execrable visita!
No es amor lo que lleva como ofrenda a tus pies;
es el odio, el escarnio, la saliva asquerosa
del sayón inhumano, despiadado, cruel.

Pero Tú, silencioso, mi Jesús adorado,
has sufrido esta nueva y afrentosa pasión,
a tu Padre implorando, con los brazos abiertos,
para el ciego verdugo, compasivo perdón.

Marzo de 1913.

REVELACIÓN

A mi amigo José Ma Solano V.

Era una tibia noche del estío,
hermosa luna en el cenit brillaba,
iluminando el ámbito vacío
con su luz apacible; coronaba
como blanca diadema el cielo umbrío
y cortejo de estrellas circundaba
esa reina gentil adormecida
en el grato fulgor de aquella vida.

La brisa leve, murmurando apenas,
mansa desliza sus ligeras alas,
diciendo vagas, gemebundas penas,
meciendo al paso de la flor las galas;
y en los ricos palacios, las escenas
son de amor y placer, en regias salas
donde aromas y sedas y brillantes
inolvidables hacen los instantes.

En la agreste ribera, sacudida
por los tumbos del mar, las linfas puras
azotan sin cesar y sin medida
el inmenso arenal, y verdioscuras,

pequeñas olas, la agitada vida
van sepultando en rocas y hendiduras,
con un sollozo que parece humano
hasta perderse en el confín lejano.

Grandiosa soledad reina en la playa
y en una habitación pobre y sencilla,
cuando el rumor de los humanos calla,
una angustiosa lámpara amarilla
libra contra las sombras su batalla;
mas a la pobre estancia donde brilla
la ilumina el amor con luz hermosa
de una amante pareja venturosa.

Libando están las dulces ilusiones
que forja audaz la fiebre de la mente
y arrullan sin cesar los corazones,
siendo de la pasión vívida fuente;
de amor esperan venturosos dones,
vana esperanza, cándida y ferviente!
enlazando sus manos, y deliran
según es la expresión con que se miran.

Ella es modesta, pura y candorosa,
flor prometida de su tierno amante,
su nombre sin rival le dió la rosa,
su blancura el jazmín y su constante
fragancia la violeta ruborosa;
sobre su cuerpo esbelto y elegante
la suelta cabellera se extendía,
y sus ojos tiñó noche sombría.

Él, mancebo galán, fuerte y robusto,
de moreno semblante, su mirada

de lánguido fulgor, su porte augusto,
espaciosa su frente y levantada,
do apenas del dolor el ceño adusto
una huella fugaz dejó marcada.
Ambos su amor y decepciones cuentan
y este animado diálogo sustentan.

—Carlos (tal nombre tenía
el héroe de mi leyenda),
no es posible que comprenda
la causa de tu aflicción,
estando ya tan cercana
la unión que juzgas dichosa...

—Es que tú no sabes, Rosa,
las leyes del corazón.

Cuando mira allá a lo lejos
fulgurar una esperanza,
en vano loco se lanza
corriendo tras el placer,
pues si palpa su deseo,
se deshace en humo leve
y entonces el cáliz bebe
del amargo padecer;

mas no temas que una nube
venga funesta y oscura
a empañar nuestra ventura,
a disipar nuestro amor.

—Piensas acaso engañarme
con esa dulce mentira?
Cuando tu pecho suspira
yo conozco tu dolor.

Y sé que pasa por tu alma
algún recuerdo penoso
y que turba tu reposo
tu pasada juventud;
pero yo te dije un día
que ignoraba ese pasado
y jamás había dudado
de tu honor y tu virtud.

Me ocultaste tenazmente
esa historia de tu vida,
teniendo siempre corrida
la cortina del ayer;
sepulté entonces mi pena
allá en el fondo del alma
y nunca quise en tu calma
esa zozobra verter.

Mas preciso es que descubras
hasta el fondo de ese arcano,
a quien va a darte su mano
y tú el nombre vas a dar.
—El nombre! dices, el nombre!
Estás loca, vida mía?
Presto turbas la alegría
inefable del hogar!

Perdóname, soy injusto;
pero yo debo ocultarte...
—Para qué supe adorarte
si no conozco mi bien?
Y pues he de ser tu esposa,
derrama con tu ternura
tus lágrimas de amargura...
Déjame llorar también!

—En vano, Rosa, te empeñas.
—Lo exijo, Carlos, lo exijo.
Si sé la verdad, de fijo
habré de quererte más.
Compasión ¡dímelo todo!
—Dices bien, mas, te amo tanto!
Has de verter mucho llanto;
pero esa historia sabrás.

Dijo así el joven, la nublada frente
cubrió de arrugas el dolor impío
y allá en lo oscuro de su loca mente
brotó el recuerdo fúnebre y sombrío.

—Era mi madre un ángel de consuelo,
tan pura como tú, tan bondadosa,
como quiso crearte para el cielo,
genio de luz en noche esplendorosa.

Coincidencia feliz, el mismo nombre
llevó mi madre, Rosa, que tú llevas:
mi padre... no lo sé, pues aquel hombre
de su crimen fatal no dejó pruebas.

—Un crimen!
—Sí, un crimen revelado
por una madre moribunda a su hijo,
aún recuerdo su rostro demudado,
cuando llorosa me llamó y me dijo:

«Voy a morir, vagando por el mundo
vivirás sin consuelo, miserable,
sin un cariño que ilamar profundo
y serás para el hombre despreciable;

mas siempre debes perdonar al hombre,
henchido solo del orgullo necio,
que sin piedad y con desdén te nombre...
No devuelvas desprecio por desprecio,

Y sintiendo tu pecho dolorido,
nunca maldigas mi recuerdo acerbo,
porque tú fuiste el fruto bendecido
que de mi llanto y mi dolor conservo.

Hijo, no del amor, sino del crimen,
esta es mi breve y degrading historia,
infelices los míseros que gimen,
revolviendo su polvo entre la escoria!

Estaba en esa edad de los ensueños,
de juegos inocentes y de amores,
años de juventud, años risueños;
pero que duran ay! lo que las flores,

cuando un hombre me vió, su vista ardiente
clavó en mi corazón emponzoñada...
Y una noche fuí víctima inocente
y amanecí maldita y deshonrada!

Yo nunca amé a tu padre, hijo adorado,
tú iluminas sonriéndome el abismo
que abrió bajo mis pies el desgraciado
que hasta el crimen llevara su cinismo.

Y tú, hijo mío, no tienes por herencia
sino la infamia de tu pobre madre
y por quererlo así la providencia,
el retrato funesto de tu padre.

Conserva siempre, concluyó, te encargo,
esa imagen fatídica y sombría...»
Y luego enmudeció, su llanto amargo
acibaró la hiel de su agonía.

Luego, dijo en triste acento:
—Ya que ves mi desventura,
no olvides tu juramento,
no maldigas mi amargura.

Yo soy un pobre proscrito
ante los ojos del hombre,
porque aquí nace maldito
el que nace sin un nombre;

y llevo el sello en la frente
de un origen degraciado,
tan perpetuo, tan ardiente,
como el crimen del malvado.

Yo que pensaba llevarte
por una senda de flores,
no tengo un nombre que darte,
sino penas y dolores;

pero por Dios! no maldigas
el amor que nos ha unido;
yo quiero, niña, que digas
si me crees envilecido.

Y si arrojas, desleal,
ese amor que es mi consuelo,
iré a buscar en el cielo
el remedio de mi mal.

Sin esa pasión hermosa
que ilumina mi existencia,
perderá mi vida, Rosa,
su virtud y su inocencia.

No habrá luz, no habrá alegría,
ni esperanzas, ni ilusiones;
sino perpetua agonía,
y perpetuas decepciones;

porque es el amor tan ciego
que a la más ligera bruma,
llevando un volcán de fuego
se apaga como la espuma;

llega luego hasta el delirio,
si desdeñan sus halagos,
para sufrir el martirio
que causa tantos estragos!

Y por eso...
—Carlos, calla,
basta ya de sufrimientos,
de dolor mi pecho estalla
y no crees mis juramentos!

Esa duda abominable...
—Rosa!
—Piensas que creo
que es el hijo responsable
de un crimen de que no es reo?

Y es justa la ley fatal
que le pone las cadenas
de la infamia, porque tal
sangre corre por sus venas?

Hoy te amo más, Carlos mío,
pues eres tan generoso,
y el hijo del desvarío
vendrá a ser mi tierno esposo;

mas, dime, Carlos, qué has hecho
ese retrato, lo tienes?

—Sí, que lo traigo en el pecho
y me tortura las sienas.

Quieres verlo?

—Que si quiero!

Te lo suplico, al instante!

Con ansia y temor espero
ver de tu padre el semblante.

Entonces Carlos presentó a la hermosa
joven un relicario de marfil
y su mano vagaba temblorosa,
como agitada por pasión febril.

Lo presentó cerrado, su contacto
le quemaba, sin duda, el corazón,
y al tomarlo, a su vez, en aquel acto
la niña, a su pesar, también tembló.

Pensamiento de horror surgió en su mente,
un momento dudó su loco afán,
y acercóse a la luz súbitamente
aquel rostro funesto a contemplar.

Lo vió y se estremeció, la vista vaga
giró en su derredor, un grito ahogó,
y así como el crepúsculo se apaga,
en mortal palidez cambió el color.

Frotó luego sus ojos un instante,
cual si una nube le impidiese ver,
y miró tenazmente aquel semblante;
pero la angustia torturó su sien.

Y un grito ahogado, un grito de agonía,
exhaló de su pecho, sin notar
que otro grito también le respondía.
eco sin ruido que a apagarse va.

—Es mi padre! gritó en su desvarío.
—Imposible! clamaba en su estupor.
—Tu padre, nó, tu padre no es el mío!...
Y en los brazos de Carlos se arrojó.

Y luego un beso, tímida y ufana
Sobre la frente de su amante dió
y con loca pasión, «Yo soy tu hermana!»
en delirante vértigo exclamó.

.....

Mucho tiempo ha trascurrido
desde aquella noche triste
y sólo el recuerdo existe
del amor que se han tenido.

Esto prueba la opinión
de que todos los amores
sólo son diversas flores
del jardín de la ilusión.

Mayo de 1880.

LÁGRIMAS DE MADRE

(De NEKRASSOF)

Contemplando el horror de los combates,
al sucumbir un nuevo combatiente,
no sufro por la esposa ni el amigo,
y ni me inspira compasión el héroe.

La esposa llega a consolarse, el hombre
al amigo mejor olvidar puede;
pero hay un alma solitaria y bella
que su recuerdo guardará perenne.

En medio de la prosa de la vida
y el hipócrita afán que la envilece,
he visto muchas lágrimas, y sólo
sinceras son las que la madre vierte.

Al hijo muerto en el sangriento campo
no puede ella olvidar, como no puede
alzar jamás sus ramas inclinadas
el sauce melancólico y doliente.

EL ÁNGEL

(De M. LERMONTOF)

A media noche, hay un ángel
que vuela en el cielo y canta
en voz casi imperceptible
que solo escuchan las almas;
mas las estrellas comprenden,
la luna y las nubes pardas;
en su cántico sagrado
elogia las almas santas
que habitan el Paraíso,
en glorietas perfumadas;
ensalza en él la grandeza
de Dios, y sus alabanzas
son expresiones sencillas,
sinceras y apasionadas;
a las almas juveniles
de la tierra, las abraza
y del reino de las penas
dulcemente las arranca;
del eco de sus canciones
queda en las jóvenes almas
algo vivo y que no puede
expresarse con palabras. ..
Poco a poco se evapora,

del mundo en la lontananza,
lleno de acordes divinos,
dulces notas que no cambian
ni con el ay! angustioso
de las tormentas humanas.

(Inédita)

DOS JUICIOS SOBRE LA VIDA HUMANA

(De A. POUCHKIN)

I

Oh vida casual, inútil,
para qué me fuiste dada?
Y por qué el destino ciego
me condenó a la desgracia?
Qué fuerza enemiga quiso
arrancarme de la nada,
pasiones vertió en mi pecho,
dudas en mi mente insana?
Vida que no tiene objeto,
corazón hastiado y alma
a quien el eco monótono
de su propia vida cansa!

II

(De M. FILATER)

No casual, ni inútilmente
la vida me ha sido dada,
y la voluntad divina
al dolor, no a la desgracia,

me destinó; mas mi propia
voluntad libre y malvada,
desde el fondo del abismo,
al mal llamó y las nefandas
pasiones vertió en mi pecho,
dudas en mi mente insana.

Oh! Dios que brillas en medio
de las más negras borrascas,
que siempre de mí te acuerdas,
mientras yo te olvido, mi alma
salió de tus manos pura
y mi corazón sin manchas.

(Inédita)

LA ROSA

(De TURGUENEFF)

Fue en los últimos días de agosto... El otoño se aproximaba. El sol se hundía en el ocaso. Una lluvia torrencial, repentina, impetuosa, sin truenos ni relámpagos, acababa de recorrer a paso de carga toda la inmensa llanura.

El jardín, situado delante de la casa, humeaba como si estuviese ardiendo. La tierra, inundada antes por el agua, parecía bañarse en la luz de incendio del crepúsculo.

Ella, sumida en profunda melancolía, miraba obstinadamente el jardín, desde la sala, a través de la puerta entrecerrada.

Yo sabía lo que pasaba entonces en su alma: sabía que tras una corta y dolorosa lucha, cedía en aquel mismo instante a un sentimiento que no le era dado combatir por más tiempo.

De improviso, levantóse, salió vivamente al jardín y desapareció. Pasó una hora.... pasó otra, y ella no regresaba. Entonces me puse en pie y saliendo de la casa, me dirigí instintivamente en la dirección que ella había seguido.

Todo se oscurecía en derredor. La noche avan-

zaba rápidamente. Sobre la arena húmeda del sendero, enrojecida aún por la claridad que atravesaba la desgarrada niebla, ví un objeto redondo....era una rosa tierna, apenas entreabierta. Dos horas antes había visto aquella misma rosa en el seno de la joven.

Recogí cuidadosamente la pequeña flor caída en el lodo y volviendo a la sala, la coloqué sobre una mesa.

Regresó ella por fin; con ligeros pasos recorrió toda la estancia y fue a sentarse en un sillón próximo a la mesa. Su semblante palidecía y se reanimaba alternativamente; corrió de pronto hacia otro lado con graciosa turbación. Viendo luego la rosa, arrebatóla, quedóse contemplando tiernamente los manchados y rugosos pétalos, volvió a mí la mirada, y apartándola súbitamente, se llenaron de lágrimas sus ojos.

—Por qué llora? le pregunté.

—Por esta rosa. Vea cómo ha quedado.

Yo presumía la causa de su tristeza.

—Sus lágrimas la limpiarán, le dije con marcada intención.

—Las lágrimas no limpian, las lágrimas queman, —replicó, y dirigiéndose a la estufa, arrojó la flor a la moribunda llama.

—El fuego quema mejor que las lágrimas, —añadió, no sin pesadumbre....

.
Y comprendí que ella también...estaba ardiendo.